

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-80 trimestre adelantado.
 En el extranjero..... 1-00 " "
 Número suelto..... 0-15 " "
 Números atrasados. " 0-25 " "

{ Año I. Núm. 5. }
 { San José, 15 de agosto de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Caño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*El Presidente de la República*, por L. R.—*En el baño*, por Manuel M. Flores.—*Costa Rica en 1886*, por Félix Mata Valle.—*La aurora y la mañana*, por Justo A. Facio.—*Sonetos*, por E. P.—*La pena de muerte*, por Genaro Cardona.—*Gotas de hiel*, por Antonio Plaza.—*Eso fué*, por Carlos A. Imendia.—*Nueva York*, por N. N.—*Costa Rica y Nicaragua*, por Félix Mata Valle.—*Canción*, por Aquileo J. Echeverría.—*Teatro*, por Agoreff.—*Zarzuelas*, por Braulio.—*A*, por C.—*Explicación de grabados*, por Paolo.

Grabados.—*Madame Treveli*.



MADAME TREVELLI.

El Presidente de la República.

El Presidente de la República y su comitiva están ya de regreso en esta capital. Corta ha sido su permanencia fuera del país. En un mes ó poco más han recorrido casi toda la República de Nicaragua, en medio de las espléndidas ovaciones que un pueblo entero les ha prodigado.

Nicaragua en masa ha tomado parte en los festejos y en el regocijo. No ha sido esta una de las manifestaciones parciales que procurando llenar las fórmulas de la etiqueta se preparan con anticipación, ensayando á cada uno su papel y tratando de llenar con apariencias de afecto lo que no tiene un carácter verdaderamente nacional. Ha sido la expresión sincera de un pueblo que se muestra tal cual es, sin tener que pedir al fingimiento lo que está en el corazón. La franca amistad, el cariño que Costa Rica y Nicaragua se profesan han quedado manifiestos esta vez.

Jóvenes ambos pueblos, saliendo á la vez de la cuna y jurando en el mismo día su independencia; atacados después por un enemigo común, atravesando idénticos peligros y viendo correr mezclada la sangre de sus hijos; con los mismos recuerdos históricos, con las mismas esperanzas para el porvenir, estos dos pueblos se deben y se profesan afecto de hermanos, y no sería por cierto un pedaso de tierra ni el trazo de una línea lo que habría de romper lazos por mil títulos imperecederos. Esto es lo que como consecuencia lógica ha quedado patente de esta vez. Este el resultado de esas conferencias en que la amistad y la mutua complacencia han resuelto lo que no lograron las notas, los esfuerzos, la interminable polémica de la Diplomacia. Lo que el Ministro no consiguió lo consiguió el amigo; lo que estuvo tirante mientras se agitó en la atmósfera oficial se alojó en la de la fraternidad.

El pueblo de Nicaragua se ha aunado en sus manifestaciones, porque sabía que nuestro Presidente, con los mejores deseos, buscaba en su visita la solución de un problema de vital interés para ambos países, porque iba á colocar con el Jefe de aquella nación las bases sobre que se había de asentar una paz sólida y duradera; porque ambos Presidentes querían despejar el horizonte de su patria, y egoístas envidiables, anhelaban llevarse tras de sí, al bajar de la silla presidencial, la imperecedera gloria de haber des-

truido para siempre la nube que encapotaba el cielo de ambos países.

Y lo han conseguido.—Soto y Carazo tienen hoy en su hoja de servicios una hermosa página que presentar á la historia cuando su tribunal los llame á juicio.

Bienvenido sea al seno de su patria el señor Presidente Soto. A él y á su comitiva les enviamos afectuoso saludo, congratulándonos de que en su corta visita hayan sido objeto de tantas pruebas de afecto y hayan escuchado los repetidos vivas del pueblo nicaragüense, que al igual del nuestro, anhele ardientemente porque los resultados de esa entrevista sean de imperecedero recuerdo para ambas Repúblicas.

L. R.

—:o:—

Soneto.

EN EL BAÑO.

Alegre y sola en el recodo blando
que forma entre los árboles el río,
al fresco abrigo del ramaje umbrío
se está la niña de mi amor bañando.

Traviesa con las ondas jugueteando
el busto saca del remanso frío,
y ríe y salpica de glacial rocío
el blando seno, de rubor temblando.

Al verla tan hermosa, entre el follaje
el viento apenas susurrando gira,
salta trinando el pájaro salvaje,

el sol más poco á poco se retira;
todo calla. . . . y amor, entre el ramaje,
á escondidas mirándola, suspira.

MANUEL M. FLORES (Mejicano).

"Costa Rica en 1886."

Después de leer los "Apuntamientos geográficos, estadísticos é históricos compilados y arreglados por Joaquín Bernardo Calvo", se experimenta la plenitud de un apetito satisfecho; y no se comprende cómo se pueda ser miembro de una nación y cómo pueda ella aspirar á figurar en la armonía de todas, sin una conciencia clara, á fácil costo adquirida, de su existencia y recursos, que traspire al exterior y dé un puesto definido al propio país entre los países de uno y otro Continente, siempre preocupados por allegar sobre la naturaleza y adelantos de estos Es-

tados, datos positivos que en alguna manera modifiquen las penosas impresiones que hacen fuera, las nuevas de las rencillas que dividen y desacreditan las naciones hispano-americanas.

Ciertamente: se han hecho publicaciones que contienen muchos documentos y episodios, tomos de grande volumen y de relativa importancia, que encierran nuestro pasado á trozos y exhiben nuestro presente á medias; pero un libro intencionalmente escrito para que se conozca este país en esta edad y se compare su progreso con el de edades anteriores por los hombres que ignoran en el mundo nuestra existencia ó desconfían de nuestros recursos; una recopilación compleja, una exposición ordenada, una fotografía, en fin, del país visto á todas luces,—eso no se había hecho hasta que el señor don Joaquín Bernardo Calvo emprendió su obra con valor y ha publicado con aplauso sus "Apuntamientos", tras de cuyos importantes datos se nota de relieve la modestia del autor.

Una patriótica intención manifiesta, una labor no cansada, un acopio de notas lleno y minucioso, un plan bien sostenido, un lenguaje sencillo del que va derechamente á su objeto, una juiciosa crítica y, sobre todo, una verdad de noticias irrefutable:—esos son los perfiles salientes del libro de señor Calvo.

Nada en él se olvida acerca del país. Naturaleza, población, carácter y costumbres, historia, instituciones, agricultura y comercio, productos valiosos, gérmenes por explotar, vías de comunicación, política, rasgos biográficos, bases para el porvenir: todo eso está examinado con acierto, comprobado con documentos fehacientes y expuesto con cifras concretas, de las que sirven para atraer visitantes é inmigrantes al país, á este país donde no se sabe qué merece más elogio: si la fertilidad de sus tierras ó la moralidad de sus habitantes!

Aquí, donde todo está por explotar, desde las mineras que la tierra entraña hasta los frutos que madura el sol; donde los brazos apenas bastan á procurar la general alimentación, apesar de sustentar nuestros terrenos una de las vegetaciones más opulentas del continente, necesitase que la inmigración forme la industria, reanime la agricultura y encienda el espíritu de empresa. Y ya se sabe que la manera de provocar una inmigración provechosa, es dar nuevas del país con datos, descripciones, cifras,—precisos, fieles, positivas.

A eso está destinado el libro del señor Calvo.

Los que en el extranjero lo hojéen, sabrán que la posición geográfica de Costa Rica—entre los dos trópicos, entre los dos océanos, entre las dos Américas, de las cuales van á separarla para unirla más, dos canales,—nos promete el comercio del mundo; y que nuestros aires, estaciones y topografía nos convidan á la agricultura: sabrán que la paz es el primer carácter de nuestra política, que el orden es el fundamento de nuestras costumbres, que el amor al trabajo es la garantía de nuestra moralidad, y que un clima cariñoso es el aliento de nuestra salud.

Indudablemente: esa publicación, al exhibir fielmente á Costa Rica, combatirá las opiniones ofensivas con que ha tiempo la han indiciado los estadistas de otros países, en donde se la cree presa de discordias civiles, que nunca han arraigado en este suelo, ó en donde se la conoce solamente por una deuda nacional, arreglada ya á esta fecha con ventajas para el crédito y dignidad de la República.

Confíe nuestro distinguido compatriota en la suerte de su libro; el cual, además del éxito conquistado en el País, tendrá—como las flores parásitas de nuestras montañas—demanda y estima en el extranjero, en donde está su campo de propaganda. Y como resarcimiento de tareas y luchas, saborée el señor Calvo la satisfacción de llevar á los extraños para bien de ella, el nombre de nuestra querida patria!

Cartago de Costa Rica, á 14 de julio de 1887.

FÉLIX MATA VALLE.

La Aurora y la Mañana.

ROMANCE.

(A LUIS R. FLORES).

Ya perezosa y envuelta
En su túnica rosada
En el confuso horizonte
Asomó la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
Su soñolienta mirada
Que en el nocturno ropaje
Azules perfiles traza.
De la brumosa colina

Sobre las cumbres lejanas
 Desaliñado y rugoso
 El manto sutil arrastra;
 Y al paso indeciso y breve
 Que sobre los montes graba
 Azulado polvo en torno
 Su pie ligerísimo alza.
 Ya descende, y de la noche
 Silenciosa y reposada
 Tras el capuz vacilante
 Con misterio se recata,
 Y festiva de repente
 El oscuro velo rasga
 Y entre el turbio cortinaje
 Asoma su faz de maga;
 Y al brillar de sus pupilas
 La claridad sonrosada
 La parda sombra flotante
 Se trasparente y enrala;
 O si gira, sus caricias
 Repartiendo enamorada,
 A cada beso, temblando
 La luz en espiras salta,
 Su recogido plumaje
 Sacude el ave en la rama,
 Y ruborosa su frente
 La rosa encendida baja;
 Y la tierra que dormita
 En su lecho de esmeralda
 Estremecida despierta
 Al contacto de sus plantas.
 Al batir en raudos giros
 Entonces sus leves alas
 Por el espacio se ciernen
 Polvo luciente de plata;
 Y de su cándida veste
 La más vaporosa gasa
 Sobre la tierra descoje
 En ondas tornasoladas.
 Infatigable discurre
 Entre las sombras que aclara
 Y de cambiantes estelas
 La bóveda azul esmalta,
 Hasta que en la verde loma
 Dulcemente reclinada
 Al bullir de la alegría
 Busca rendida la calma.
 Mas ¡ay! cuando de natura
 En el regazo descansa,
 Por qué súbito parece
 Que moribunda desmaya?
 Por qué desfallece y tiembla
 Triste la faz y turbada?
 En ademán de despecho
 Inclina la frente pálida
 Y en un punto recogida
 La veste seráfica alza,

Que allá vió que del Oriente
 En las puertas nacaradas
 Sus rojas cortinas cuelga
 La rubicunda mañana.
 Al tender su vuelo entonces
 La virgen con tristes ansias,
 De sus ojos zafirinos
 Nítido llanto derrama
 Que tiembla sobre las hojas.
 En perlas aljofaradas.
 Trémula y grave de pronto
 Sobre las cumbres se para
 Y luego palideciendo
 El vuelo otra vez dilata:
 Ya apenas tenue, indecisa,
 Oscila su forma vaga
 En el lejano horizonte
 Que leve la sombra empaña.
 Allá va la fugitiva
 Moribunda y desalada
 Por esconder su quebranto
 Trasponiendo la montaña;
 Acá de la hermosa ninfa
 El bello triunfo proclaman
 Los arrullos y los cantos
 Que la natura levanta.
 Al cruzar el vasto cielo
 El manto de oro desata
 Y, del rey del día heraldo,
 Su brillante imperio aclama,
 O mil tesoros luciendo
 A nuestros ojos, ufana
 De palmas y de tisúes
 El regio dosel prepara:
 Tiende al cielo rico palio
 Que en campo de oro y tumbaga
 Entretejidas ostenta
 Rizadas plumas de nácar;
 Y del pabellón en torno
 Ondosa cenefá labra
 Con el crespón de las nubes
 Que en blondas teje y engarza.
 Cómo brilla! cual despliega
 En cambiantes visos, franjas
 Opalinas en el centro
 Orlas abajo argentadas.
 Cómo entre la orfebrería
 De su fina urdimbre salta,
 De topacios y rubíes
 Deslumbradora cascada!
 Y porque la tierra luzca
 En la fiesta más gallarda
 Sobre ella la ninfa extiende
 Su cabellera dorada,
 Aureo crespón orla y ciñe
 A la cúspide más alta,
 Y azuladas tocas cuelga

A la distante montaña;
 Mientras que brillante asoma,
 Llena de fúlgidas galas,
 La corte que rompe y guía
 Del rey vencedor la marcha;
 Y mil guerreros en ella
 Dispuestos á la batalla
 Parecen lucir inquietos
 Las relumbrantes corazas:
 Desde la cresta del monte,
 Firme escabel de sus plantas,
 A las sombras fugitivas
 Sus bruñidos dardos lanzan;
 Hasta que cerca el gigante
 A quien homenaje pagan,
 Sus escuadrones en torno
 Despliegan y desparraman,
 Ya surge, ya resplandece
 De mil diamantes cuajada
 La coruscante diadema
 De sus sienas soberanas;
 Y extendiendo el regio manto
 Guarnecido de oro y grana
 Lentamente al zenit sube
 Sobre su plaustro de llamas.

Enero de 1885.

JUSTO A. FACIO.

SONETOS.

En el Teatro.

A

¡Cuántas bellas sin par en la morada
 de Euterpe y de Talía! Impaciente
 la vista fijo ansioso do esplendente
 fulgura como un sol su rostro de hada,

desnuda la garganta nacarada,
 temblando el albo seno mansamente,
 la sonrisa en los labios, y la frente
 por abundantes rizos coronada.

¡Qué hermosa, qué gentil, bendita sea! . . .
 todos exclaman al mirar sus ojos,
 en tanto que graciosa juguetea,—

sin sospechar del mundo los antojos,—
 fugaz sonrisa por sus labios rojos
 donde su alma inocente centellea.

CARMEN FERNÁNDEZ.

Cuando á la escena salerosa llega
 y alza su acento henchido de dulzura,
 del alma arranca la glacial tristura
 y á los ensueños del amor la entrega.

Gracia, donaire y majestad despliega
 en su hechicera faz y en su apostura,
 y ostenta ufana en su marcial figura
 las puras líneas de la estatua griega.

En "*El Hermano Baltazar*" fascina,
 en "*Las Campanas de Carrion*" encanta,
 y arrulla y juega con su voz divina
 que un nido de canario es su garganta.
 ¡Feliz mil veces la que así camina
 hácia el Olimpo con serena planta!

San José, 15 de agosto de 1887.

E. P.

—:o:—

La pena de muerte.

La composición poética que con este título publiqué en el n.º 3.º de este periódico, ha sido honrada con un juicio crítico, obra de mi amigo Saulo.

Ese juicio escrito de la manera que aparece en el número pasado de este mismo periódico, convida á la polémica, y no sería yo capaz de desairar á tan cumplido antagonista, toda vez que se ha mantenido en el decente círculo de la crítica puramente literaria.

Doy á mi amigo Saulo las gracias más expresivas por el honor que hace á mi composición, y por los elogios que inmerecidamente me tributa, y entro de lleno en la cuestión.

Mi composición consta de dos partes; el pró y el contra del asunto que propongo; desarrollé el tema de esa manera, porque aunque yo tengo formada mi opinión acerca de la pena de muerte, allí no la iba á esponer; quería aducir los argumentos más convincentes en sus dos faces, probandó que los hay de mucho peso en una y otra parte, sin pretender por eso escribir una novedad, por que hoy en materia literaria, no hay nada nuevo; habrá escuelas, estilos nuevos, pero eso es puramente cuestión de forma.

No deja de admirarme el tono autoritario de mi antagonista cuando dice con tanta frescura que el asunto de la pena de muerte está ya resuelto: ¡quién lo resolvió y en qué sentido? ¡á qué mortal le cupo en suerte esa inmensa victoria? ¡por qué si es un acto de barbarie injustificable aún está vijente en los países más cultos y civilizados? y por qué si es una ley que

garantiza la vida y el bien estar de la sociedad hay también países que no la tienen implantada?

Que don Saulo la haya resuelto para sí, y que tenga formada su opinión sobre el asunto, no quiere decir que esa sea la de todo el mundo.

Mal que le pese á mi amigo don Saulo esa cuestión no está resuelta, y aún palpita con toda la fuerza de sus argumentos en pró y en contra: naciones que han alcanzado un alto grado de cultura véense vacilar ante ese difícilísimo problema propuesto á la humanidad, y en cuya solución se han empeñado (con perdón de don Saulo), cabezas que tienen más *lastre* y mejor organización que la suya. Es verdad que hay en los modernos un gran partido en contra de esa ley, y la lucha aún existe en los cerebros de grandes juristas y filósofos; pero eso no quiere decir que haya sido descubierta la verdad, porque hay un partido opuesto.

No sería malo mandar á todos los países del mundo unos cuantos ejemplares del número pasado de este periódico para que vean y admiren el grado de adelanto y de ilustración que hemos alcanzado, pues se ha resuelto en Costa Rica el intrincado problema de la pena de muerte. Algún *descubrimiento* nos había de tocar!!! y ahora sí que vendrían al caso unas seis ú ocho docenas de admiraciones que prefiero dejar diluidas en el tintero.

Nuestra riquísima lengua tiene palabras de muchas acepciones. El adjetivo *vil* que don Saulo me critica tiene algunas: *vil*, *bajo*, *despreciable*, son sinónimos, y porque no puede haber lodo bajo, lodo despreciable, sobre todo, usándolo en verso donde el rigorismo gramatical no impera con toda su fuerza?

El distinguido literato Abigail Lozano, reputado como el escritor más castizo de toda la América, dice en un verso:

“Y de vil lodo se formó la especie.”

¿Qué le parece, amigo Saulo?

Aconsejo á mi avinagrado crítico que cuando vuelva á *espulgar* una obra, se ponga buenos anteojos á fin de que nada se le pase por alto, como se le fué aquello de “que el mundo *rueda* entre lodo,” cuando jira en la atmósfera, y en lo que según parece no se fijó don Saulo.

En una hermosa composición de don José Zorrilla vemos este verso:

“Noche azul ciñe la tierra.”

El adjetivo *azul*, diría don Saulo, aquí viene mal; por que la noche en su verdadera acepción quiere decir *tinieblas*, *caos*, *confusión*, etc. y no puede ser sino negra, ó clara, cuando la luna la ilumine; pero *azul*, nunca: ¡qué don José!

Además yo no materializaba el sustantivo lodo, ni aludía á la mezcla de tierra y agua que alfombra nuestras calles, y que se le adhiere á mi amigo Saulo en la zuela de sus botines: aludía á las pasiones malélicas y bajas que son co-

mo un triste legado de la fatalidad al hombre, y que le arrastran á lo malo.

Así á mi modo de ver y aún para el de muchos que no sean tan exigentes en esa materia como mi Saulo, no está mal empleado el adjetivo *vil* de la manera que allí lo uso. Pasemos al segundo punto.

Dice don Saulo que el adverbio *no* pospuesto á *jamás*, no sienta bien. El error gramatical que me imputa, está de su parte: porque dos adverbios negativos dan mayor fuerza y robustez al pensamiento: la naturaleza del primero, es cierto que bastaría para hacer una sencilla negación, que parece floja; pero si el estilo que reviste la composición necesita de más valentía, el segundo adverbio le da toda la sonoridad que su autor desea: por esta razón, y porque recuerdo lo que dice la gramática de la Real Academia á este respecto, fué que escribí esos dos adverbios negativos.

Dice la gramática: *Dos adverbios negativos ó dos voces que espresen negación, niegan con mayor fuerza en castellano.*

Reproduzco la siguiente redondilla que puede servir de ejemplo, escrita por un insigne poeta Sur Americano.

Muestra á mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadenas pon;
Bárbaro, *nunca* matarás el alma,
Ni pondrás grillos á mi mente, *no*.

Aquí el adverbio *no*, está pospuesto á dos negaciones; á la conjunción disyuntiva *ni*, que está negando con bastante fuerza, y al adverbio *nunca*.

Este adverbio es la primera negación; pero el estilo que lleva el poeta, reclama con fuerza otra que le dé ayuda y realce al pensamiento; y lo logra con felicidad terminando con el adverbio *no*, final, y asonante á pon.

A esto no podrá replicar nada mi antagonista, porque los adverbios *nunca* y *jamás*, son idénticos en su esencia negativa.

Será de mal gusto para mi estimado Saulo esa redondilla? estará oscura? Mi verso dice:
Que el embate del mal jamás no sienta.

¿Quién que tenga mediana comprensión no se hace cargo de mi pensamiento en seguida que lee ese verso?

Para analizarlo podemos descomponerlo y formar esta oración.

Que no sienta jamás el embate del mal.

Si esto le parece oscuro á don Saulo, tendremos que encenderle todas las lámparas de la luz eléctrica de esta capital; talvez así se le aclare *la vista*.

Punto tercero; dice así. “Aquí pretende el señor Cardona á lo que parece, comparar al hombre con aquellos espíritus rebeldes de que Milton nos habla en su célebre poema, que fueron vencidos por los escuadrones de Dios: pero lo que sí no nos refiere el poeta inglés, es que

esos seres perdieran sus alas en la lucha, ni que en ellas consistiera su virtud."

Si mi estimado Saulo se hubiera tomado la molestia de aguzar más su imaginación estudiando la idea de los versos á que alude en ese párrafo, yo creo que no lo habría escrito.

La primera parte de mi composición empieza disculpando al hombre, y procuro interesar el ánimo del lector en su favor, cuando pregunto que quién tiene la pretensión de creer que exista en este mundo un hombre puro y que no sienta jamás el embate del mal; porque si realmente tal hombre hubiera, se llamaría angel: ahora bien; como el hombre no tiene alas, y se exige de él la pureza de un angel, es que pregunto que si piensan que las perdiera "en no sé qué fatídica reyerta"; pero eso no es más que una interrogación que hago á los que pretendan encontrar en el mundo un hombre inmaculado, y no creo con mi amigo Saulo, que haya contradicción en que el hombre pueda llegar á un alto grado de perfección, aunque no tenga las alas que lo semejen á un angel.

El cuarto punto de la crítica consiste en un *pleonasm* que asegura don Saulo ser de mal gusto. Dice ese verso:

Al Edén le conduzca de lo bueno.

Sé perfectamente que la palabra Edén indica por sí sola un lugar de delicias; pero yo no pretendía decir que el Mentor divino que yo reclamo, llevara al hombre á un paraíso semejante al en que nació la débil y golosa Eva, (causa según los libros sagrados) de todas nuestras desventuras. Quería significar que el hombre solo sería perfecto cuando fuera conducido *de la mano* por un Mentor divino que iluminara de tal modo su conciencia, que solo pudiera obrar bien. Era el Edén de la perfección el que entra en el verso. El pleonasm no será de buen gusto para mi antagonista; pero el uso de esta figura ha sido tan frecuente, que sería muy raro encontrar un solo clásico, que no haya sido sobradamente pleonásmico.

Dice la Real Academia sobre este asunto: "Esta figura es útil cuando se usa de palabras al parecer superfluas, pero necesarias para dar más fuerza á la expresión, y para no dejar duda alguna á los que nos oyen de lo que queremos decir ó asegurar. Cuando decimos *volar por el aire, bajar abajo, subir arriba*, lo cometemos; porque no se vuela por tierra, no se baja arriba, ni se sube abajo; pero el uso fundado en el deseo de no dejar duda en lo que se dice, ha establecido aumentar aquellas palabras con que se añade más aseveración y seguridad.

Mi apreciable antagonista se ha quedado estupefacto por que espongo la teoría de que el hombre existe sin que Dios tenga de ello noticia.

Verdaderamente envidio á mi amigo Saulo su fe, y no sé qué olorcito *místico* que se des-

prende del quinto punto de su crítica, y que dice así: "La idea de Dios es incompatible con esa frase, puesto que si él nos ha creado, ¿cómo puede dejar de saber que vivimos?"

En primer lugar, yo no he sentado en ninguna parte de mi composición el principio de que Dios nos haya creado.

¿Podría probar don Saulo que Dios creara al hombre? ¿aún se conservan en el alma virgen de mi amigo aquellas encantadoras lecciones de historia sagrada que daba en la escuela cuando era niño, por ejemplo aquella que dice—"Dios creó al hombre á su imagen y semejanza"?

¿Qué tiempos tan dichosos don Saulo!! Si el hombre fuera hechura directa de Dios, sería una obra perfecta; porque yo no admito que siendo Dios la Omnipotencia, la Sabiduría infinita, haya hecho *á su imagen y semejanza*, una obra tan imperfecta como el hombre.

Esta teoría es muy aceptable: es necesario ser más humilde, y no tener la pretensión de que somos una hechura de Dios, como se lo imaginan los creyentes recalcitrantes en cuyo número no quiero contar á mi estimado Saulo.

Conozco que esas teorías son *algo* impías, y siento mucho haber lastimado los sentimientos religiosos de mi amigo.

Tampoco intento sostener que el mundo sea obra de la casualidad: Dios creó la naturaleza, y le dió sus inmutables leyes. ¿No puede ser el hombre el resultado de mil fuerzas orgánicas animadas por un fluido eléctrico que se puede llamar *alma ó vida*?

Recuerdo las siguientes palabras que atribuyen á Voltaire. "Poned un poco de líquido en una vasija que contenga harina, y vereis nacer de esa mezcla, infinidad de animalillos que también poseen su instinto."

¿No puede ser el hombre el resultado de esa enorme y constante ebullición de la naturaleza?

De seguro que si mi buen amigo Saulo se hubiera encontrado alguna vez frente á frente con el sabio Darwin, habría tirado de las barbas al pobre viejo por el atrevimiento de haber dicho que descendemos *derechito* de los monos.

Lo que realmente me parece un soberbio dislate de parte de don Saulo, es el de suponer á ese Dios Sublime, Omnipotente, empeñado en la ocupación de un *títilero* moviendo sus figuras por medio de cuerdecitas que levantan el brazo armado del puñal que mata, y atribuyéndole esas catástrofes que solo son obra de la naturaleza. La ocupación de Dios es más grande.

Los versos en cuestión son estos.

"O preten den quizá que el Dios sublime

Su eterno amigo y compañero sea,

Cuando allá en su dosel, sobre mil mundos

Ni sospeche tal vez nuestra existencia!"

Al sentar esas ideas hacía alusión á ese olvido en que parece vivir el hombre de aquel Dios, que aunque Omnipotente, pudiera ignorar dada nuestra pequeñez y nuestra miseria, la

existencia del hombre pobre infusorio que vegeta en un grano de tierra, perdido en el espacio: y puesto que él, pudiendo remediar todos los males y desventuras que afligen á la humanidad, *con sólo querer*, no lo hace, admite muy bien aquel pensamiento en un sentido figurado. Si somos hechura de Dios, somos sus hijos; y la razón se resiste á creer que un padre cariñoso como él, deje correr á su hijo por la senda del mal que ha de conducirle á su perdición.

En el sexto punto de su crítica, dice que mi argumentación peca de viciosa, por cuanto siento que el hombre no es responsable de toda su flaqueza, y que cayó en medio del desierto.

Yo creo que un hombre puede caer sin ser verdaderamente responsable de su caída; aunque la moral rigorosa arroje la responsabilidad al hombre, desde el momento que este comete una falta, y es precisamente donde procuro inspirar compasión hácia ese *ser desvalido*, para hacer ménos severo el fallo moral. Digo que *cayó en medio del desierto*, porque realmente para el hombre como yo lo presento en la primera parte de la composición, ¿qué es la vida? un largo desierto donde no tiene una guía que le conduzca al oasis de bienandanza.

En el sétimo punto de su crítica dice don Saulo que salgo llamándole *infame*, (al hombre), precisamente en un lugar en que debía presentarlo como merecedor de indulgencia.

Dice el verso:

“Y aquel que infame mata, aquel que roba,”

Llamo *infame* al hombre que comete un crimen alevoso: y á pesar de aplicarle tan duro calificativo, digo, que aunque sea infame, no debe ser privado de su vida, que puede ser útil más tarde á la sociedad, si ésta tiene un buen réjimen penal que le corrija.

Entremos al octavo punto donde dice mi crítico que yo quiero que la vida que se quita al criminal, sea mirada como ofrenda que *él da*.

Estudiemos la cuestión. Si el hombre ha delinquido, ha caído bajo el rigor de la ley; esta ley tiene sus administradores, que se adueñan, por decirlo así, del destino del delincuente; ahora bien: si ella le priva de la vida, *él la da*, por medio de la ley; y el verso no quiere decir que él espontáneamente vaya á dejar su vida con sumo gusto, sino que la ley hace que él la dé.

El diccionario de la lengua castellana dice de la palabra *ofrenda*: “Donativo que se dedica á Dios ó á sus santos, para cumplir con algún voto ó para implorar su favor ó misericordia.”

Tenemos pues, que la justicia humana, hace el *donativo* de la vida del criminal, á la sociedad, para purgar el delito que constituye la ofensa inferida á ella.

La careta de que yo hablo, no es de cartón ni de terciopelo como las que venden en la

“Barbería de los tres amigos.” Es una metáfora usada al mirar la frescura con que la sociedad comete un asesinato en nombre de la moralidad; la verdadera careta allí, es la ley que encubre la faz del verdugo cuando este representa la vindicta pública, vengando en un desgraciado, la ofensa inferida por éste á la sociedad.

En el noveno punto dice mi crítico que nota falta de coherencia en que trate á la sociedad de *necea*, de *loca* y de *infame*.

La sociedad puede hacerse acreedora á estos epítetos: la califico de *necea*, cuando la veo empeñada en castigar al criminal con la pena de muerte: pues tenemos varios ejemplos de crímenes horribles, cometidos en países donde esa pena está vigente; y eso nos demuestra que es una *neceidad* querer sacar provecho de una ley tan cruel y que no da buenos resultados.

Es *loca*, no por que se le haya estraviado el juicio, sinó porque desoyendo la voz de su conciencia se deja engañar por la funesta ilusión de conseguir el mejoramiento de la humanidad estirpando al criminal: y es *infame* porque aunque la promulgación de esa ley faculte á la justicia humana para su ejecución, no quiere decir que no sea un acto de sevicia de parte de la sociedad, dando un espectáculo á todo un pueblo, y corrompiendo sus sentimientos que pararian por volverse sanguinarios.

En el punto décimo dice mi amigo que “*he coleccionado cuidadosamente* todos los términos pavorosos de nuestra lengua, para presentar al hombre de un modo que le recuerda á Dante etc., etc.”

Don Saulo debe recordar que precisamente en mi composición no hacía otra cosa que presentar un contraste; y no debió haber olvidado que si en la primera parte pinto al hombre de un modo que pide compasión cuando lo defiendo, en la segunda donde lo ataco, era indudable que lo debía presentar tan malo, que el lector sintiera deseos de verlo *guindado*. Ese es precisamente el punto cardinal de mi composición: convencer en sus dos partes.

En el punto décimo primero de la crítica, don Saulo se entusiasmó de tal manera con el ejercicio de su pluma, que más parece tremendo *lanzón*, á juzgar por sus soberbias investidas, que no se fijó en lo que escribió.

Será un gastado argumento de que lo *podrido* no vuelve á su estado primitivo de pureza, pero es una verdad incuestionable; procuraré ser tan claro que me comprenda un niño.

Si un pedazo de carne se pudre, todas las moléculas se descomponen y pierden del todo su fluido conservador, puesto que son sus *componentes*: la ciencia podrá hacer nueva esa carne, pero no puede hacer de una *momia*, sin agregar nada, un pedazo de carne pura.

Existen criminales capaces de corrección; pero hay otros tan malos que no hay penas ni castigos por fuertes que sean, que los rehabilite: luego eso no es un axioma.

La preposición *sobre* no será de buen gusto para don Saulo: pero del modo que está en este verso,

“El miembro que se pudre sobre el cuerpo,” no la criticaría el censor más fiero.

Sobre equivale á *encima*, y en verso es muy tolerable cambiar una preposición siempre que la idea quede bien espresada.

El modo adverbial á *trueque* en este verso: “Hay que amputarlo á *trueque* de que invada,” está tan claro, y espresa tan bien lo que deseo, que habría sido por demás agregar la suspirada negación de don Saulo.

El verbo *invadir* se refiere allí al *miembro que se pudre*, porque este es el foco del *virus y la gangrena*: pues no se podrían amputar estos, sin amputar el miembro. El hombre malo, es el *miembro podrido* que hay que alejar de los miembros sanos para evitar el contagio.

Para finalizar diré que el trabajo de don Saulo me honra mucho, y que le agradezco infinito la atención que le ha dado á mi composición; pero diré á mi amigo que una poesía sólo es una obra de arte y de ingenio, y no una obra de fondo: su crítica es rigurosa en extremo; no permite casi ni la metáfora, cuando dice: “Y si hemos de convenir en que el uso de las figuras da realce á la expresión, también es muy cierto que su belleza la constituye principalmente su semejanza con la realidad.”

Según eso, los siguientes versos de Joaquín Palma horrorizarían á mi estimado amigo.

.....
.....
Que te encerrara por bella
En el rayo de una estrella
O en el cáliz de una rosa.”

Esto sí que tiene visos de realidad!!

Yo aseguro á don Saulo que es rarísima la composición poética que resista á la escrupulosa autopsia del escalpelo crítico: no obstante aplaudo sinceramente esos juicios, sobre todo cuando vienen de personas que revelan ilustración y conocimientos; y mucho me satisface que uno de mis ensayos, haya merecido uno como el suscrito por mi amigo Saulo.

San José, 7 de agosto de 1887.

GENARO CARDONA.

Gotas de hiel.

Lasciate ogni speranza.
DANTE.

Entre la sombra vejantando vivo
Sin que una luz ante mis ojos radie,

Y bostezando mi existir maldigo,
Sin creer en nada, sin amar á nadie.

Para mí la esperanza está perdida,
Nada me importa mi futura suerte,
Ni tiene objeto mi cansada vida,
Que al corazón se anticipó la muerte.

Desde que al mundo vine ¡desgraciado!

Un Gólgota infernal he recorrido

Y no hay tormento para mí ignorado,

Que todos los tormentos he sufrido.

Mis horas de penar son infinitas,

Horas que el alma de ponzoña llenan:

¡Horas de mi expiación, horas malditas,

Qu'en en el reloj de los infiernos suenan!!

A nadie importa mi dolor eterno,

Y vago, triste, descreído, aislado,

Como vaga en los ántros del infierno

El ¡ay! desgarrador del condenado.

A los hombres fastidio y me fastidian,

Y ruines sus pasiones me parecen,

En la miseria estoy, ¡y así me envidian!

Desgraciado me ven, ¡y me aborrecen!

Doquiera me desdeñan, y por eso

Alzo orgulloso mi estigmada frente,

Que soy un Job con ambición de Crespo,

Un reptil con instintos de serpiente.

También encuentro ponzoñoso gusto

Al mirar otro ser desventurado;

Porque así el corazón se vuelve injusto,

Luego que el corazón es desgraciado.

Ser de fastidio y de ponzoña lleno

Tengo de ira el corazón beodo;

¡Qué extraño es que se convierta en cieno

Esa entraña que Dios formó de lodo!!

Era mi corazón cáliz de llanto,

Del mundo en el vaivén quedó vacío,

Y aunque risa me da mi desencanto

Me duele el corazón cuando me río.

Y esconde el corazón su mal profundo,

Y ya no busca el corazón consuelo;

Que un desgraciado más, no importa al mundo,

Ni un réprobo de más importa al cielo.

Y marchó, y la desgracia va delante

Marcándome la ruta que yo sigo,

¡Pobre de mí, cantor estravagante,

Mezcla vil de filósofo y mendigo!

Ya no lloro perdidas ilusiones,

Ni el temor que desvela, ni el deseo,

Ni me impertan mis negras decepciones,

Ni espero porvenir, ni en nada creo.

Que fué la gloria mi ilusión un día

Y mi alma era como fuego, ardiente,

Y por eso, convulso en mi agonía,

Soné con un laurel para mi frente.

Mas esa gloria que desvela al hombre

Es una necedad abriantada,

¿De qué le sirve perpetuar su nombre? . . .

No quiero gloria ya, ni quiero nada.

¿Con qué sere feliz? Nada hay bastante

Para darme la dicha que yo anhelo,

Que siempre encuentra mi ambición gigante

Pequeño el mundo y aplastado el cielo.

Nada tengo, ni nada necesito,

Ni corro ya tras locas ilusiones,

Que en las zarzas de un Gólgota maldito,
Dejé de mis creencias los girones.
¡Ilusiones! ¡amor! Fué necesario
Que os marcháseis al fin; pero no os sienta,
Lentejuelas pegadas al sudario,
Pedazos de oropel que barre el viento.
No más soñar. Fantasmas de colores
Idos, idos de aquí, quiero el olvido;
Porque es risible coronar de flores
Un ridículo cráneo encanecido.
Gastado el corazón, herida el alma,
Llegué por fin de la vejez al puerto.
Voy á dormir en perezosa calma,
¡Adios, edad en que soné despierto!

ANTONIO PLAZA.

Eso fué.

Nuestro amor fué un estanque en cuyo fondo
Había cieno;
Yo procuraba tenerle siempre puro,
Y te gustaba á tí verle revuelto.

*
* * *

Al fin entre los dos hubo una lucha,
Y triunfaste:
Ni un sólo día estuvo el agua limpia,
Y abandoné yo entonces el estanque.

CARLOS A. IMENDIA.

1887.

Nueva York.

Pocas veces la población de Nueva York se ha visto presa de una emoción tan profunda, como en la mañana del 9 de noviembre, al leer en las columnas del *Herald* que las fieras del Central Park se habían escapado de sus jaulas durante la noche anterior, y aunque muchas de ellas habían sido muertas por ciudadanos valerosos, la mayor parte se hallaba aún suelta en las calles de la ciudad.

Con aquella escrupulosidad propia únicamente de la prensa americana, el *Herald*, á las pocas horas de ocurrido el desastre, pudo coleccionar é imprimir todos los detalles sobre el origen é inmediatas consecuencias del suceso. La versión más acreditada era que al tiempo de cerrar la casa donde están las jaulas, y cuando ya se había retirado casi toda la inmensa concurrencia que había acudido al parque en la tarde del domingo, bien ajeno del pe-

ligro que la amenazaba,—uno de los guardas de las fieras, con refinada crueldad hostilizó de tal modo al rinoceronte con la punta de un hierro, que el animal enfurecido, con un violento esfuerzo, volcó la jaula, y completando con sus patas la ruptura de ésta, se lanzó con furia hácia su hostigador, quien pereció instantáneamente atravesado por el poderoso cuerno del rinoceronte. Igual suerte cupo á otro de los guardas que acudió en socorro de su compañero; y no calmada la fiera, empezó á hacer esfuerzos por penetrar en las jaulas de los otros animales, al tiempo que éstos, exasperados con el ruido de la lucha que habían presenciado y con el olor de la sangre humana que corría por el suelo, hacían por su parte esfuerzos desesperados por ganar su libertad y participar del carnal horrible que se preparaba. Rota la primera jaula, merced al concurso del rinoceronte, que parecía el Espartaco libertador de aquellos presos, fué cosa fácil ir rompiendo una tras otra todas las demás, y bien pronto se trabó una lucha general en que los más débiles de esos animales fueron fácil presa de los más fuertes.

Por fortuna eran escasos los paseantes en el Parque á aquella hora, pues se acercaba la noche. Pero muertos algunos guardas, acobardados otros, y no habiendo dado crédito la policía á las primeras noticias que recibió de un acontecimiento tan extraordinario, los primeros auxilios llegaron algo tarde, cuando ya las fieras habían salido de la casa, bien por haber roto la puerta y las ventanas, bien porque uno de los guardas sacrificados no tuvo tiempo para cerrar la entrada principal.

Era evidente, según la relación del hecho, que si al llegar la policía y los ciudadanos armados la puerta de la casa hubiera estado cerrada, el mal se habría podido contener, aunque la mayor parte de las fieras hubieran perecido, unas á manos de otras.

Entonces sucedió lo que es más fácil imaginarse que escribir. Exasperado el león de Numidia por los gritos, y herido por las balas de sus acometedores, se lanzó furioso sobre un grupo de gente, abriéndose paso á viva fuerza y sembrando por todas partes la consternación y la muerte. La sangre se helaba al leer la descripción del fin horrible que tuvo una madre refugiada con sus tres niños sobre el techo de un kiosco, á donde saltó el

león haciendo de ella y de sus hijos una inferme masa de carne y huesos destrozados. El tigre de Bengala ahuyentó á los que se oponían á su paso, escapándose hácia el lago, en cuyas orillas, después de haber matado á una infeliz obrera y herir á otra, trabó lucha con uno de los osos, quedando el campo neutral, pues después de hacerse mutuamente mal en dos arremetidas, se separaron ambas fieras, para ir á cebar sus instintos sobre más débiles víctimas.

La pantera logró penetrar en la pajarera grande y antes de caer muerta á los tiros que sobre ella llovían, hizo una sensible hecatombe de las águilas, condores y demás aves allí coleccionadas. La puma realizó igual hazaña en una de las jaulas de los monos, si bien muchos de éstos lograron escaparse; suerte que no cupo á la inofensiva zebra ni á la débil girafa, víctimas ambas de los instintos destructores de la fiera.

El rinoceronte lo arrollaba todo; parecía el monarca y jefe de aquella horrible banda. Sea por el terror que inspiraba, sea porque su dura piel ofrecía un obstáculo á las balas, no recibió daño alguno, y después de acrecentar el número de sus víctimas con las dos focas á las que mató en su propio tanque, recorrió todo el parque y salió por una de las puertas de la Octava Avenida.—Una vez en las calles de la población no es fácil predecir hasta que punto habrían llegado sus deprecaciones; pero habiendo tomado la dirección del río y siendo ya muy oscuro, cayó en una de las escavaciones preparadas para recibir los cimientos de una fábrica; y allí lograron, por último, darle muerte con sus rifles los dependientes de la policía.

Fugitivas ya todas las fieras, excepto aquellas que recibieron la muerte no lejos del lugar donde hicieron sus primeras fechorías, las demás se esparcieron por la ciudad, tomando á su placer distintas direcciones, y marcando su paso con el espanto y la muerte. Una leona, después de haber hecho diez y ocho víctimas, fué á morir al lado de Castel Garden, á manos de unos emigrantes suecos que acaban de desembarcar. El jaguar saltó á bordo de uno de los vapores que cruzan el Hudson, en el momento de separarse éste de tierra cargado de pasajeros, siendo fortuna que el maquinista, al notar la alarma retrocediese al

muelle, para dejar huir la gente, mientras la fiera, por saltar sobre un joven que se echó al río, cayó al agua y se ahogó. Un leopardo entró en una iglesia de la Quinta Avenida, haciendo una verdadera carnicería en la numerosa y asustada concurrencia.—El tigre de Bengala cayó por fin, atravesado por una bala del rifle del General Dix, gobernador del Estado, que á pesar de sus años, salió á la calle á contrarrestar el peligro, salvando así de una desgracia casi segura al coche del Arzobispo que en aquellos instantes pasaba por el lugar. Fin menos noble cupo á la sanguinaria cuanto cobarde hiena, que después de refugiarse en varios puntos, de donde huyó voluntariamente por creerlos poco seguros, rindió la vida á los golpes de un forsado tabernero que la mató á palos.

Tales son, muy extractadas, las horribles nuevas que alarmaron en aquella memorable mañana, á gran parte de la población. A esa noticia añadía el *Herald*, junto con la lista de los muertos y heridos que hasta última hora se habían asistido en los hospitales, la proclama expedida por el *mayor* de la ciudad suplicando á los habitantes no saliesen á la calle hasta que la guardia nacional y la policía no hubiese capturado ó muerto los animales aun sueltos, resultado que se anunciaría por medio de cañonazos disparados en parajes designados. Sin embargo, todo el mundo estaba en la calle esa mañana, como todos los días, en marcha para sus respectivas ocupaciones; y fué sin duda que los más impresionados por las terribles nuevas, comprendieron pronto, al ver el silencio de los demás periódicos sobre el suceso, que debía haber exageración en la relación del *Herald*. En efecto, no tardó mucho tiempo en comprenderse por todos que no había ni una sola palabra de verdad en lo ocurrido, que no había corrido sangre, que las fieras continuaban seguras en sus jaulas, y que el objeto del periódico citado, al permitirse dar al público una broma de tal género,—escrita, por cierto, con gran suma de mérito inventivo y en recomendable forma literaria,—no había sido otro que llamar la atención sobre la posibilidad de una desgracia, cuyas consecuencias podían ser terribles. No era más que una crítica á la descuidada dirección del Central Park, cuya consecuencia natural será que en lo adelante esté mejor atendida la casa de fieras.

(De un periódico de Nueva York.)

COSTA RICA Y NICARAGUA.

AL SEÑOR GENERAL PRESIDENTE,
LICENCIADO DON BERNARDO SOTO.

Voces de paz el aire
Agitan y despiertan la conciencia
Dormida de la Patria en el regazo.
Se funden á un abrazo
Dos voluntades en igual creencia;
Y en el mismo disputado espacio
Donde una sierpe promovió contienda,
Se alza una blanca tienda
Que escogió la concordia por palacio.
Calienta un sol amigo
La alianza feliz de que es testigo:
La mano entre la mano,
El hermano al hermano
Convida á recorrer la tierra y agua,
Con pacto mútuo que el honor concilia
Y puridad de veras,
Dejando al tiempo que el futuro fragua,
El encargo de hacer una familia
Que habite sin fronteras
La Unión de Costa Rica y Nicaragua.

Por la naturaleza,
Por lazos de la historia,
Por la doble defensa contra extraños
Que á las dos profetiza la victoria,
Sembrando unión, cosecharán grandeza!

A través del espacio y de los años
Aún se escucha cómo asienta el paso
William Walker,—y enhiesta la cabeza
Recelosa y libre, el arma al brazo,
Y en la frente la estrella del denuedo,
Desnudos pecho y pies, corre á la guerra
El labrador soldado, y entusiasta
La vida da, sin conocer el miedo,
Junto al hermano por el riesgo y casta.
Absorbe aquella sangre aquella tierra,
Al terco aventurero
Arrolla el aldeano;
Quiere escapar, y hiéndele el acero
Que, aunque blandido por bisona mano,
Toma virtud de un corazón entero.

Aquella sangre que el patriota evoca,
De libertad bautismo,
A ser hermanos desde el punto mismo
Y á ser únos en la paz provoca
A quienes la mezclaron en la guerra
Aún al recuerdo alborotada late
La que nos queda desde aquel combate!

¡Nicaragua! No vano
Ese recuerdo de la infancia ha sido
Ni estéril el ejemplo que nos deja:
Reciente ofensa tñe
La inmaculada frente
Que una corona soberana ciñe,
Por *Barrios* el tirano
Lanzada á estas naciones,
Que, por pequeñas, despreció demente!
Y que son, aprendió con mortal queja,
Leones los cachorros de leones.

Soto! Carazo! Nombres
Son estos ya que están escritos
Sin que lo ordene del cañón la pompa,
Ni los cante la trompa
Pregonera de hazañas de los hombres
De ambición—del patrio corazón proscritos
Quienes cuentan laureles por los muertos
Que, con ojos abiertos
Caen, trocando al són de la metralla.
En camposanto el campo de batalla!
Oh Patria! Semillero
De ardientes corazones
Que palpitan á compás de tus venturas!
Jamás el huracán de las pasiones
Són lleve á tu oído de clarín guerrero
Ni arranque de tu atmósfera las puras
Tintas del iris de la paz.—Tus fieles
Hijos, por el trabajo
Al arte y ciencia pedirán laureles,
Y arrancarán, porque tu nombre suba,
Las montañas de cuajo,
Y en su pecho abrirán do te hacen templo,
Las de fecundo ejemplo
Patrias virtudes que la paz incuba.
Eso sí! Pero humana
Voz, palabra ó intención no atente
Contra tu sér de estado independiente,
Porque entonces ¡oh Patria!
Que son—dirán mañana
Recordando á tus hijos las naciones—
Leones los cachorros de leones!

Cartago, á 15 de agosto de 1887.

Félix Mata Valle.

—:O:—

Canción.

A LA SEÑORITA E. H. R.

Despierta niña
y oye un momento
lo que te dice
mi corazón,
el eco triste
de mis suspiros
los tristes ecos
de mi canción.

La perfumada
brisa lijera
de tus hechizos
enamorada
pasa cantando
junto á tu reja
con voz sentida
su amante queja.

Rosa galana
perla del mar
nave que cruza
la inmensidad,
dorado incienso
que del altar
hacia los cielos
suyendo vá.

Rayo de luna
bella azucena
mansa paloma
de encantos llena,
luz de la aurora
tarde de estío
blanca espumita
de manso río.

Mientras la noche
cubre la tierra
con negro manto
triste, sombrío,
mientras la brisa
sobre las flores
mece las gotas
de alvo rocío.

En blando lecho
de suave pluma
duerme mi niña
duerme mi amor,
que yo entre tanto
velo tu sueño
junto á los muros
de tu balcón.

San José, 22 de julio de 1887.

AQUILEO J. ECHEVERRÍA h.

TEATRO.

En noches pasadas tuvimos el placer de ver representarse en nuestro teatro la magnífica zarzuela titulada *La guerra santa*, con el aparato escénico que tan difícil obra demanda. Esto nos demuestra que, aunque pequeño, el teatro municipal se presta para dar á la

escena las piezas que más dificultades presenten, ya por su ejecución, como por el decorado que requieren.

Esta obra es de lo mejor que se ha dado en Costa Rica; el argumento lo tomaron los señores Larra y Escrich de la conocida novela de Julio Verne, *Miguel Strogoff*, y por esto no nos detenemos en explicarlo.

El papel de Strogoff nos pareció muy bien representado por Abella, principalmente en el primer acto. Su porte distinguido de militar, su magnífica y dulce voz y su declamación correcta entusiasmaron al público, arrancándole repetidos aplausos.

Monsieur Canard (Vila) representó tan bien, que no creemos que pueda nadie mejorar el desempeño de su difícilísimo papel. Vila es un artista, incuestionablemente; y más que todo, artista cómico; este es su género; aquella noche estaba en su elemento; estamos ciertos de que nadie dejó de aplaudirlo, ni de reír mientras hablaba.

La Celimendi merece especial mención; se sostuvo á la altura de su fama y su reputación desde el principio hasta el fin.

En el último acto estuvo muy feliz.

Además de sus dotes inestimables para el teatro, posee Paulina formas tan bellas, tan mórbidas, que es imposible dejar de verla; se van los ojos tras ella y se pierde la fantasía, adivinando los múltiples encantos que embellecen su cuerpo.

¿Y qué diremos de la Cavaletti? De aquella escena en que su hijo (Abella) desesperado por el tormento que la amenaza, se lanza sobre los soldados, les quita la víctima y la estrecha entre sus brazos, cubriéndola al mismo tiempo de besos.

Nos parece que no puede estar mejor expresado ese sentimiento de amor maternal mezclado con el dolor que le causaba la tristeza de su situación. Las lágrimas corrían, tanto por las mejillas de nuestras bellas como por los rostros varoniles. Abella y la Cavaletti se han conquistado una diadema.

Jiménez estuvo excelente; pero es difícil que sobresalga en alguna función, pues todos los papeles los interpreta con tal maestría que no podríamos dar nuestro voto si se nos preguntara en qué representa mejor.

Si hemos de hablar de Iglesias, antes nos quitamos el sombrero ante el autor del lago Baikal que apareció en el último cuadro del tercer acto. Espectáculo bellísimo; lo mejor que hemos visto en nuestro decorado; reúne la belleza de la naturalidad

y del arte, armonizando de tal manera que presenta á la vista un panorama delicioso.

Desempeñó Iglesias su parte en la obra haciendo de corresponsal de un periódico español, como era de esperarse.

Hijo de la península Ibérica no tenía más que presentarse tal cual es en escena; hacer lo mismo que haría en la vida real; y apartándose de la ficción, dar rienda suelta á su carácter. Así lo hizo y lo felicitamos por ello.

La señora Fernández hizo un papel que, aunque en la novela es importante, en la zarzuela es importuno y no se presta para nada; además, no es éste el tipo que se debe escoger para que ella represente. Carmen es salerosa como toda hija del mediodía español; cuando hace papeles chispeantes y jocosos, está como el pez en el agua; pero si sale á la escena, huérfana y desvalida, con la tristeza anublado sus bellas facciones y velando sus ojos juguetones, no puede lucir su disposición envidiable para la comedia.

Antes de concluir diremos que es digna de recordarse la escena sostenida por Jiménez, la Celimendi y Abella en la fonda de la frontera rusa. Escena de muy difícil ejecución para todos y sobre todo para Abella.

Respecto á los demás miembros de la Compañía, si se nos pregunta qué tal se portaron, solo contestaremos que vamos á dejar la pluma para ir á dar á Villarreal y á Capdevila, sendos y fuertes apretones de manos.

AGOREFF.

—:o:—

Zarzuela.

Escribimos estas líneas porque es preciso recordar al auditorio elegante, al público de la moda, la hoja de servicios prestados por la Compañía "Villarreal" durante la última quincena. No debemos huir del olimpo del arte al compás de las marchas de la *Guerra Santa*, nosotros los adoradores de la música ya se manifieste por medio del organillo que recorre las calles, ya por la nota limpia y de buena ley del piano aristocrático, que tiene el eco de las ilusiones encantadoras, de los amargos dolores y de las alegrías más inusitadas. Consagremos, pues, siquiera sea un recuerdo á esos espectáculos artísticos, donde á veces soñamos con el cielo prometido.

Si el lector sacase del conjunto de es-

tos párrafos una impresión desfavorable para los artistas de que pensamos hablar, culpa sería de nuestra poca habilidad, no de nuestra intención que es, en suma, alabar, como lo merece, el talento de que dan muestras, aunque no incondicionalmente; no sin censurar algo en sus trabajos.

La repetición continúa de las mismas piezas ha hecho decaer el entusiasmo; los aplausos no atruenan ya el espacio, se notó frío en el local, faltan las diosas del buen tono, los palcos están vacíos y las entradas de verdadero rendimiento se quedan sin hacer. La causa de ese abandono es fácil de explicar: en la segunda mitad de este abono, apenas se ha estrenado la *Guerra Santa*; todas las demás piezas habían sido ya puestas en escena, y no pertenecen al repertorio de aquellas que dejan tan gratos recuerdos, que son para vistas dos ó más veces. El público, en alguna de las representaciones, se ha fastidiado de un modo increíble: el cansancio lo enfermaba, movía el cuerpo en las butacas buscando más cómoda postura, dejaba de mirar á la escena para mirar á los palcos, no se contenían las toses crónicas, y el auditorio, mostrando en su fisonomía cierta expresión condescendiente, parecía decir: "Nos aburrirnos un poco pero si no viniésemos aquí ¿dónde podríamos entretener el ocio?"

¿Tienen razón los espectadores para dar tales muestras de hastío? He aquí una pregunta que nos ha abismado en serias reflexiones y á la cual no queremos contestar. Lo cierto es y lo innegable que el público se fastidia por la sencilla razón de que no se divierte, y entiéndase que decimos divertir por interesar, no porque tales voces sean sinónimas, sino porque así lo va queriendo el uso. Y puesto que no se divierte, bien puede hacérsele gracia de que no escuche con atención—en *Las hijas de Eva*, por ejemplo—á aquellos caballeros vestidos con jubón y calzas, que hablan con mucho énfasis de su rey y de su dama y que pretenden romperse la cabeza por un quitame allá esas pajas.

Toca al empresario seguir otro rumbo si quiere informarse en los sentimientos que hoy prevalecen, si quiere ejercer fascinación en nuestro espíritu.

* * *

La noche que fué puesta en escena la zarzuela titulada *Guerra Santa*, nueva en este teatro, hubo un lleno completo.

Con la representación de esta pieza, la

Empresa pretendió lavar muchas de sus culpas y matar el tedio que devoraba las entrañas del respetable público. No sólo franqueó el escenario á una zarzuela nueva, sino que pintó nuevas decoraciones, compró nuevos trajes é introdujo varios cóm parsas alquilados para servir de marco al cuadro de la escena. Gracias por todo.

La noche del viernes borró de la memoria del auditorio otras muchas fatales en que había permanecido sujeto á la butaca por la necesidad de sacudir en algún lugar la gran dosis de áburrimento que tenía dentro del cuerpo y el malestar físico inexplicable.

Grande y poderoso debió ser el aparato desplegado en aquella representación, cuando los espectadores no solamente olvidaron las horas de *spleen* acumuladas en noches anteriores, sino que aplaudieron con entusiasmo la obra de los señores Larra y Escrich. Y nótese que decimos *grande aparato*, porque ciertamente no encontramos mérito alguno en la zarzuela citada, la cual deja de ser una traducción servil para convertirse en un arreglo desdichado.

No queremos hacer la crítica de la obra, pero ni siquiera presentar el cuadro tristísimo de sus defectos en aquellos respectos que suelen ser los que examina la crítica más vulgar, la retórica más pedestre. ¡Analizar esta pieza! ¡Para qué? Todo sobra. En cuanto comienzan á hablar y maniobrar aquellos personajes, en cuanto el protagonista, con verdadera sensiblería, nos pinta su afecto de hijo, en cuanto vemos á Sara emplear aquel lenguaje ampuloso y falsamente poético, está juzgado todo, se conoce la tela, la atención se mantiene con dificultad, y el espectador un poco avezado á los usos del teatro condena semejante fantasía. Si durante la representación no se bosteza, es porque se ha acertado en la región baja del arte, porque se han manejado bien las menudencias del oficio, porque el cambio continuo de decoraciones hurga la curiosidad, es, en fin, por ese interés poco delicado de sorpresas y equívocas que se da á los cuentos llevados á las tablas.

La literatura, lo mismo que la filosofía y todas las demás manifestaciones del espíritu humano, experimenta una transformación incesante al travez de los tiempos. Este es el gran transformador de las ideas y de las manifestaciones literarias. De las diversas transformaciones se origina el ca-

rácter literario predominante en cada período histórico. Y hoy, en las literaturas extranjeras—particularmente en la francesa, que es á la postre la que más influye en la nuestra—domina una tendencia realista ó naturalista, que está prestando asunto á las discusiones de la crítica y que amenaza remover por entero, si es que no ha removido ya, los fundamentos del arte. Según la nueva doctrina, pues, están reputadas como de gusto dudoso todas aquellas obras que no sean fruto de su tiempo, que no pertenezcan á la actualidad de la literatura militante, que no tengan el interés de la oportunidad; todas aquellas fantásticas figuraciones en que se pretende conmover al público con fábulas de antaño y en las cuales la realidad no tiene ningún papel.

Ahora, si se nos dice que el zarzuelero no tiene obligación de ajustarse á los preceptos literarios, no discutiremos.

Eso quiere decir que “el estado y condicionalidad histórica” de la zarzuela es desconocido.

En todo caso preferimos la música retonzona de Offembach y los ingeniosísimos libretos de Henry Meilhac y Ludovic Halévy; preferimos la ópera bufa, la deliciosa caricatura que ha hecho reír á Europa entera.

* *

Dispensen los señores artistas; la censura anterior no va con ellos. Va con los introductores de la novela francesa, *Miguel Strogoff*, en el teatro español.

Por lo que hace á la representación de la *Guerra Santa*, confesamos desde luego que estuvo incomparablemente mejor que la de *Las campanas de Carrión*, pues en esta última el público sólo se divirtió viendo á los artistas caer en todas las estaciones que tiene el calvario del arte escénico. Si no hubiera sido la sal y gracia de la deliciosa Nora, el chasco habría sido completo.

La señora Celimendi recita muy bien: nosotros mismos, enemigos acérrimos de la ampulosidad y falta de sencillez, aunque se escude en el convencionalismo teatral, la aplaudimos con entusiasmo al oirla exclamar con la voz, con el gesto y el ademán:

Le quiero porque le quiero
No porque él me quiera á mí.

Si esta estimable artista ajustase su traje á la época que se representa, aunque éste no fuese muy vistoso, nosotros confe-

saríamos que comprendía bien su papel, que su espíritu volaba á la corte española antigua y que hacía de Esperanza, á las mil maravillas. Desgraciadamente nos ha puesto en el duro caso de advertirle su error, pues que en *Las hijas de Eva* aparece con un elegante traje que no se acuerda con el ceremonial cortesano de aquellos tiempos. Perdone la señora Celimendi nuestra observación. En cambio, nos complacemos en declarar que posee muy buenas cualidades como actriz, y váyase lo uno por lo otro.

Se presenta en escena el señor Abella, que es un excelente artista y un excelentísimo caballero. A la verdad es de los que más valen en la compañía. Nosotros le apreciamos mucho y le hemos aplaudido muchas veces; pero esto no quita que no nos guste la confusión que hace de la declamación con el canto. Y esto que Abella canta bien, pero al declamar canta y la mejor escuela de canto para el que recita es no cantar.

Después del señor Abella viene el señor Jiménez, encargado de representar todos los papeles odiosos imaginados por los ingenios de la zarzuela española; y ¡santo Dios! Ese hombre mete más ruido que los truenos de la *Tempestad*. Cuando en la *Guerra Santa* Jiménez grita: ¡Ay del traidor, tiemble la hermana infiel! tiemblan las bambalinas, los palcos y los tubos de gaz y las gazas de las señoras y hay quien quiere salir del teatro porque aquello parece un terremoto.

Afortunadamente llega pronto el señor Vila y todo cambia de aspecto. Este es un verdadero artista: pone tanta sinceridad en su papel que resplandece entre sus compañeros como una estrella. Hay circunstancias en las cuales la admiración que produce es tan grande que no deja lugar para otros sentimiento. Hace días que lo estudiamos con todo el cariño de un curioso de corazón, y ahora que llega la oportunidad tenemos á mucha honra el hacerle la justicia que por su talento se merece.

A la simpática señora Fernández no sería posible juzgarla por ahora con toda la severidad del crítico exigente. Todos saben que, hoy por hoy, no puede sacudir sobre nuestro espíritu las luces que guarda su bellísima alma de artista. Por lo que hace á la gracia, á la sal, al donaire y á la belleza, la señora Fernández es impagable.

Hemos querido hacer un artículo de

crítica desapasionada. Deseamos para los artistas el mayor triunfo: que nos hagan caer en el arrobamiento, en la ilusión de que todo lo que en el teatro vemos y oímos es real, con lo cual experimentaremos sacudimientos supremos, de esos que ponen el alma vibrante y sonora á la mínima impresión.—BRAULIO.

—:o:—

A

¿Cuál puede como tú lucir altiva
 Al lado de mil soles? ¿Cuál osada
 Reinar pretende donde brilla esquivada
 La lumbré celestial de tu mirada?
 Oscurecen del sol la luz hermosa
 Tus ojos sin igual; es tu sonrisa
 Voleteo juguetón de mariposa,
 Perfumado suspiro de la brisa;
 Y tal es el poder de tus hechizos,
 Niña gentil, que el alma enamorada
 Te diera en cambio, sí, de una mirada,
 O el corazón por uno de tus rizos.

C.

Escrito en el Teatro, á 9 de agosto de 1887.

EXPLICACION DE GRABADOS.

Madama Trebelli.

Vió la luz del día esta simpática artista en París, donde hizo sus primeros estudios y donde también recogió los primeros laureles.

El famoso maestro Wartel le dió algunas lecciones de piano, por el cual tenía verdadera pasión, al extremo de llegar á figurar como una de las mejores pianistas de su tiempo. Contaba apenas 16 años de edad. Por esta época fué cuando su maestro descubrió que tenía una bellísima voz de mezzo soprano y que merecía la pena de educarla bien.

El triunfo no se hizo esperar mucho: cuatro años más tarde la joven Trebelli figuraba en el teatro como estrella de primera fuerza.

Desde su debut ha merecido los elogios y agasajos de muchas personas distinguidas, pues su voz dulce y melíflua, la suavidad que sabe dar á las notas y sus portes distinguidos y airosos, han hecho que todas las miradas estén siempre fijadas en ella y que más de un corazón lata de amor por la graciosa artista.

Su nombre de familia es Gillebert y viste con esmero y elegancia como todas las francesas.

PAOLO.